

— A las setas no se mezclan de modo alguno con tanta facilidad como á las salsas.

— Pues mézclalo á las salsas.

— Serviráse una cantidad enorme del apetecido manjar en su plato y lo empapará en el condimento agradable con que siempre lo ha devorado.

— ¡Justamente! No te olvides que precisa contar con tres personas.

— Ya lo sé: con el médico y con el cocinero y con el gustador.

— Sobre todo con este último, llamado así porque cata los platos antes de que los coma el emperador en prueba de que no traen substancia nociva ninguna en sí.

— ¡Perfectamente!

— Y al gustador le ordenaremos deje intactas las setas, que puede probar, desvaneciendo así toda sospecha de Claudio, si la tuviese, y mezcle á la salsa con diligencia y cuidado el veneno.

— Todo eso lo podéis hacer, con tal que pronto lo hagáis.

— En seguida será el festín — dijo la emperatriz.

— Si tardas, estás perdida, porque puede volver Narciso, y vuelto Narciso, no hay medio de hacer nada.

— ¡Ya lo creo!

— Parece la sombra del emperador: por tal modo se pega y se une á él para preservarlo de todo mal y defenderlo en todo evento. No saldría plato á la mesa que dejase de ver y examinar él. No pondríais el veneno en la salsa de las dichosas setas sin que hiciese beberse la mitad él por fuerza y con imperio al cocinero, al gustador, á todos los sirvientes. Narciso duerme como un perro á la puerta del cubículo de su amo. Narciso vela y vigila su viejo como una cariñosa madre su chicorro. Narciso se bebe las copas y se traga las viandas cuando teme que puedan contener algo nocivo á Claudio. Porque se ha ido él, hemos llegado hasta el subterráneo este. Si estuviera en la corte y no en los baños, de cada piedra se levantara una voz delatándonos y á cada paso una sombra surgiría que tras de nosotros se echara y dijera en todas partes cómo habíamos venido aquí á preparar un envenenamiento y á matar á cualquier gran personaje. Apresuraos, pues, al arreglo minucioso

de vuestro plan, porque, no terminándolo en seguida, corréis peligro de no consumarlo, quizás de no ponerlo por obra.

— Cuanto deseéis — dijo Locusta — se halla por completo á vuestra disposición. Como hay quien se ha ido á Egipto para estudiar la vida, heme ido yo para estudiar la muerte. Yo tengo una ánfora, que ha guardado el veneno secular, muy semejante de suyo á las que guardan el vino añejo. Y así como hay ánforas de Chipre y de Salerno que basta olerlas para emborracharse, hay ánforas de antiguo veneno que basta olerlas para morir. Una tengo yo.

— No quiero la muerte con tales prisas y precipitaciones. Yo quiero cierta lentitud que me permita prevenir todos los acontecimientos y calcular todas las eventualidades. Nada de respirar ánforas; veneno que penetre por la boca y ofrezca espacio al apercibimiento y arreglo de la sucesión imperial.

— Te digo cuantas clases de venenos poseo para que optes por el más conveniente á tus designios. La Caldea posee un beleño cuya savia reconcentrada en pomo de ámbar y difundida en las venas por la picadura de cierto áureo aguijón, parecido á los aguijones de misteriosísima serpiente, difunde por las venas un vapor el cual os trae profundos sopores y tras ellos la muerte.

— Yo he leído — dijo Agripina — en varias biografías de Cleopatra un conjunto de ponzoñas y venenos que le propusieran para escoger ó elegir su muerte. En los días del mes Epiphi, á la hora en que las aguas del Nilo suben, llevando sobre sus crecidas el flotante simulacro de Isis envuelta en su estrellado manto, después de haber escrito con el dedo pulgar cabalísticas señales en el pecho y haber invocado á las diosas generadoras de toda voluptuosidad, se compone dentro de una cazoleta fundida en oro nubio filtro hecho con hojas de cáñamo y pistilos de verbena, el cual procura un transporte que al fin y á la postre os granjea una verdadera inmortalidad en rápido paso desde nuestro mundo de la eterna muerte al mundo superior de la vida eterna.

— En el Nilo — dijo Locusta — por lo mismo que la inmortalidad se respira en todas partes, la muerte se respira también. Hay flores que la guardan en sus corolas como si fueran un pomo de veneno. Hay serpientes, como la úrea, cuya lengua se agita y esgrime urgándola, para que pique y difunda por los poros de nuestros huesos

y por las fibras de nuestras carnes el perdurable beleño de la muerte. Por eso los ojos de la serpiente son sagrados cual estrellas de la eterna noche, y su cabeza forma un disco tan litúrgico cual pueda serlo cualquier patena de un altar colocada por manos hieráticas al pie de las efigies y de los simulacros del Dios más idolatrado y más obedecido. Y hacen bien prestando culto á todo aquello que procura y trae la muerte. Así como el recién nacido tiene un cordón umbilical visible que lo liga con el seno de su madre, tiene á su vez el recién muerto un frontal cordón invisible que lo liga con el seno de su eternidad. Así como es distinta en el mundo la entrada en cualquier parte si entráis con el pie derecho ó si entráis con el izquierdo, es distinta la entrada en el mundo sobrenatural si entráis por la puerta de tal muerte ó si entráis por la puerta de tal otra muerte. Yo supongo que tú querrás una entrada triunfal de Claudio en la eternidad. Y si la quieres, no pudiendo darle muerte por la respiración, temerosa de que sea demasiado súbita, dásele por la nutrición, que será lenta, pero no sobradamente dolorosa y menos seríalo más de temer y rechazar, á los dioses repulsiva, como tantas otras; pues si lo fuera, podría impedirte que ciñeses á tu marido, como deseas, la corona de una verdadera divinidad en las cumbres altísimas del Olimpo.

— Pues dame — dijo Agripina — el veneno que debe tomar por la boca y que lentamente acabará con él.

— Tómalo — exclamó Locusta entregándole un reducido pomo.

— He oído — añadió Vitelio — cantar el gallo, y fuera peligroso detenernos en este sitio allende la madrugada.

— Todo podría descubrirse — dijo con anhelo Agripina. — Vámonos, vámonos.

Y la emperatriz se iba lentamente, haciendo signos cabalísticos, para que los dioses la libertasen de los maleficios hechos por Locusta que fulminaba ella sobre los demás. En el camino conjuró á Vitelio, rogándole que inmediatamente viese al médico y lo llevase á su presencia, todo antes del próximo amanecer. Urgía realizar el proyecto, á causa de la muy aprovechable ausencia de Narciso. Y había que matar á Claudio, incapacitándolo de advertir el preparado golpe y de huir el bulto por ende. Mientras fué con Vitelio desde los subterráneos, donde vivía presa Locusta y estaba

oculto el horrible laboratorio suyo, á las estancias imperiales; y ya en las estancias imperiales, mientras Vitelio iba en busca de Xenofonte, destinado á triste ayuda de Locusta, la implacable señora del mundo confabulaba en su perversa inteligencia los medios mejores de propinar el veneno á Claudio y escogía uno de aquellos banquetes nocturnos, en que la confusión quitaba espacio á las observaciones y el espíritu con su conciencia se apagaba y extinguía en mares de vino. El hartazgo, la borrachera, el placer, la voluptuosidad, el vicio convidaban al crimen. Un templo, una Escuela, un Senado, los lugares que algún ideal consagra y que subliman el espíritu á los altos pensamientos, de donde provienen las grandes acciones, convidan á la virtud y refrenan todos los malos instintos, sobreponiendo á lo que hay en nosotros de bestial todo aquello que hay en nosotros de divino. Pero en una orgía brota por su propia espontaneidad el crimen como en laguna ponzoñosa la fiebre. Las armonías y las esencias disueltas en los aires; el perfume de tantas cazoletas y el aroma de tantos ramilletes; los juegos de gladiadores desnudos, provocando la voluptuosidad femenil con sus estatuarias actitudes y con sus evocaciones á la muerte que tanta relación tiene con el amor; las danzas de aquellas bailarinas, cuyos cuerpos se cimbrean al compás de los acordes más eróticos y cuyos ojos despedían fuego de las abrasadoras pupilas; el verso sensual de los poetas epicúreos en que la vida con el placer se identifica y á pasar la vida entre besos de rojos labios y tragos de rebosantes copas se convida en seductores hexámetros; la embriaguez universal respirada con facilidad hasta por los poros del cuerpo resultarán siempre naturales cómplices del crimen. Así es que Agripina tenía ya preparado el escenario de su tragedia cuando aparecieron Xenofonte y Vitelio.

— Bien venido seas.

— Bien hallada la emperatriz.

— Te necesito.

— Estoy á tus órdenes.

— Tú podrás comprender cuán urgente debe ser el caso cuando te traigo aquí antes de amanecer.

— Sí, Vitelio me acaba de sosegar, pues creíste presa de una súbita enfermedad, cuando á estas horas me llamabas.

— No he menester que cures á un enfermo, he menester que mates á un sano.

— Estoy á tus órdenes.

— Pues si á mis órdenes te hallas, necesito recordarte las imposiciones con que mi afecto grava de suyo á todos mis amigos.

— Cualesquiera que sean las cargas impuestas por tu soberano imperio á mi humildad y modestia, yo sabré levantarlas sin esfuerzo.

— Son muy terribles.

— Dilas.

— Necesito que me ayudes en una empresa muy temeraria.

— Te ayudaré.

— ¿Tendrás para ello ánimo?

— Agripina, para saber si tendré ó no ánimo precisa que me confíes la empresa.

— Yo necesito acabar con una vida.

— Pues acaba.

— Pero tú has de ser instrumento mío.

— Lo seré.

— ¿Sin vacilar?

— Sin vacilar.

— Bien.

— Ya sabes mis ideas acerca de vuestro poder imperial y de nuestra debida obediencia. Vosotros lo podéis todo, y nosotros tenemos la obligación de servirlos en todo, sin preguntaros las causas y motivos de vuestras determinaciones y actos, no queriendo ni conocerlos ni juzgarlos, en guisa de instrumentos inertes en sí mismos y dóciles á la mano que los emplee y que los esgrima.

— Pues bien, te necesito para...

Y Agripina se detuvo aterrada de su propia obra y balbuceó contra toda su costumbre:

— ¿Para qué?

— Para deshacerme de Claudio.

— ¿De Claudio?— y Xenofonte retrocedió con tal violencia que pudo caerse de espaldas en el brusco retroceso: tan grande salto diera.

— ¿Te has asustado?

— Agripina, ignoro qué te diga.

— ¿No me creías capaz de un acto así? Pues conviene al Imperio; y cuando una cosa cualquiera conviene al Imperio, no me paro yo en barras, no discuto acerca de su justicia y de su bondad; lo hago, y concluído.

— Yo no puedo dudar de que á tus planes convenga la muerte de Claudio, y creo, como lo crees tú, que la muerte de Claudio conviene á la prosperidad y á la salud del Imperio. Tú puedes cuanto te plazca decir sin que lo conteste yo; y hacer cuanto te plazca sin que yo te contraste y te contenga, no digo con oposición cualquiera, con las menores observaciones. Pero...

— Ya está el pero ahí, ese pero que me desatina cuando cualquier orden doy, ese pero incognoscible á los inmortales.

— Pues decía que debieras escoger otro instrumento.

— De ninguno puedo como de ti usar, — dijo Agripina.

— Tengo con el emperador excepcionales obligaciones.

— ¿De veras?

— El bien hecho á Rodas.

— Pero ¿así estás al cabo de lo que aquí sucede?

— ¿Podrás negarme, Agripina, tal categórico aserto mío?

— Pues ¡no he de negártelo!

— ¡Agripina!

— En Roma sin mi permiso nada se hace.

— Verdad.

— Pues, Xenofonte, sé lógico: si en Roma sin mi permiso nada se hace, lo de Rodas nunca se hubiera hecho de no haberlo permitido yo.

— Tienes razón.

— Y si por mí se ha hecho, conmigo estás obligado por el agradecimiento, no con el emperador.

— Tienes razón.

— Y si conmigo estás obligado por el agradecimiento, á mí has de obedecer en toda eventualidad.

— No lo niego.

— Y si has de obedecerme, según acabas de decirme, como un dócil instrumento, sin preguntar por el móvil que te impulsa y por la mano que te esgrime, ¿cómo ahora opones observaciones y ar-

gumentos á una orden mía, tan terminante como que ayudes con tu sabia cooperación á la muerte de Claudio?

Y Agripina se había enfurecido á esta sabia gradación de sus propios argumentos, que su cuerpo, tanto como su palabra, decía dónde iba de seguro á llegar su cólera, si la resistían ó la contrastaban en aquellos críticos y extraordinarios momentos. Con efecto, estremecíase como si la sacudieran mil rayos. Los dientes le rechinaban. Le ardían las mejillas. De sus ojos airados relampagueaba culebreos eléctricos terribles como de una tempestad moral. Podían oírsele los latidos del corazón y de las sienas muy semejantes á los martilleos de sendas fraguas. Y una especie de sanguinolento esputo le asomaba por los labios, como aquellos que los epilépticos escupen cuando los espasmos de su grave mal mueven y agitan sus cuerpos en tan terribles sacudimientos. Por consecuencia no habla más que obedecerla, y obedecerla sin chistar, cual obedece un objeto falto de voluntad y de conciencia. Xenofonte supuso que si él no mataba con sus medios científicos á Claudio, Agripina lo mataría de seguro á él; y en estos tiempos de los universales terrores, nadie piensa en otra cosa que en salvarse á sí mismo, y nadie hace más que cuidar de su persona, desarrollando hasta sus últimos extremos los egoísmos á la continua notados en incendios y naufragios, cuando la muerte á muchos amenaza y cada cual sólo piensa en su salvamento y en la conservación de su propia salud y de su propia vida. Pasar de las objeciones á las complacencias podía parecer difícil en otros tiempos y en otros temperamentos; pero en esta edad terrible de la servidumbre del alma y del imperio absoluto de los césares, nada más natural. Tras largo silencio, en que parecía Vitelio una estatua, Xenofonte un mudo reconcentrado en sí mismo, Agripina una fiera cuyos resuellos esparcían por todas partes un espanto terrible, la conversación se urdió de nuevo entre la emperatriz y el médico en tonos diversos de los empleados anteriormente, gracias á las complacencias con que Xenofonte trató de calmar á la exaltadísima señora. Tales fueron en calidad estas complacencias y tantas en número, que Agripina se convenció de la ductilidad extrema del instrumento, é hizo cuanto estuvo en su mano para emplearlo y esgrimirlo con verdadero arte. Muy enseñoreada siempre de sí misma, sabía cambiar de actitud y de gesto

y de tono al menor mandato de su voluntad externa, y convertirse de feroz como una hiena, en juguetona y cariñosísima como una gata. Fortificada en la convicción de que la obedecería el físico de su casa como ella quisiera, excusó lo mismo que mandaba, y lo amortiguó cuanto pudo, como si en el ánimo aquél no cupiese ningún remordimiento, y pudiese presidir á sus actos, cuando de conservar la propia vida se trataba, ningún escrúpulo.

— A la postre — iba diciendo Agripina en tono muy dulce, — no he menester yo que tú me des medio ninguno de acabar con Claudio; tengo yo todos los necesarios á mi disposición y arbitrio.

— ¿Te los has procurado?

— Me los he procurado por medio de Locusta. ¡La envenenadora!

— De nuestros ojos desapareció, cual si la tierra se la hubiese tragado en persona.

— Pues la guardaron los césares para matar misteriosa y calladamente, cual matan en la Naturaleza los elementos destructores, y ahí la tienes matando, como un efluvio mortal, á los mismos que la retuvieron y que la guardaron.

— ¡Bien, bien, bien! — dijo estremeciéndose como á un escalofrío Xenofonte. — ¿Qué quieres, Agripina, en esta obra y en estos momentos? Dímelo con celeridad para disponerlo todo á tu gusto y medida con la presteza que tú desees dar á casos de tal gravedad.

— Pues bien; deseo que veas la cantidad de veneno propinable, á fin de que pueda vivir Claudio veinticuatro horas entre la toma del brebaje y la postrer agonía, suficiente y aun sobrado espacio al arreglo de todos los preparativos del debido logro de mi deseo; que sea el emperador aclamado Nerón y no Británico, pareciendo, á pesar de haber designado á éste su padre, que se cumple la voluntad plenísima de Claudio y el voto libre de las legiones pretorianas y del pueblo rey. Yo quiero que tú estés en el festín cerca de mí con todos los medios indispensables, bien al aceleramiento de la muerte, si yo lo creo necesario, bien á su detención, si la creo yo necesaria también. El plan está pensado con madurez; y para puesto en obra y en acción, únicamente necesita que lo auxilies y lo prosperes, Xenofonte, con todos tus recursos.

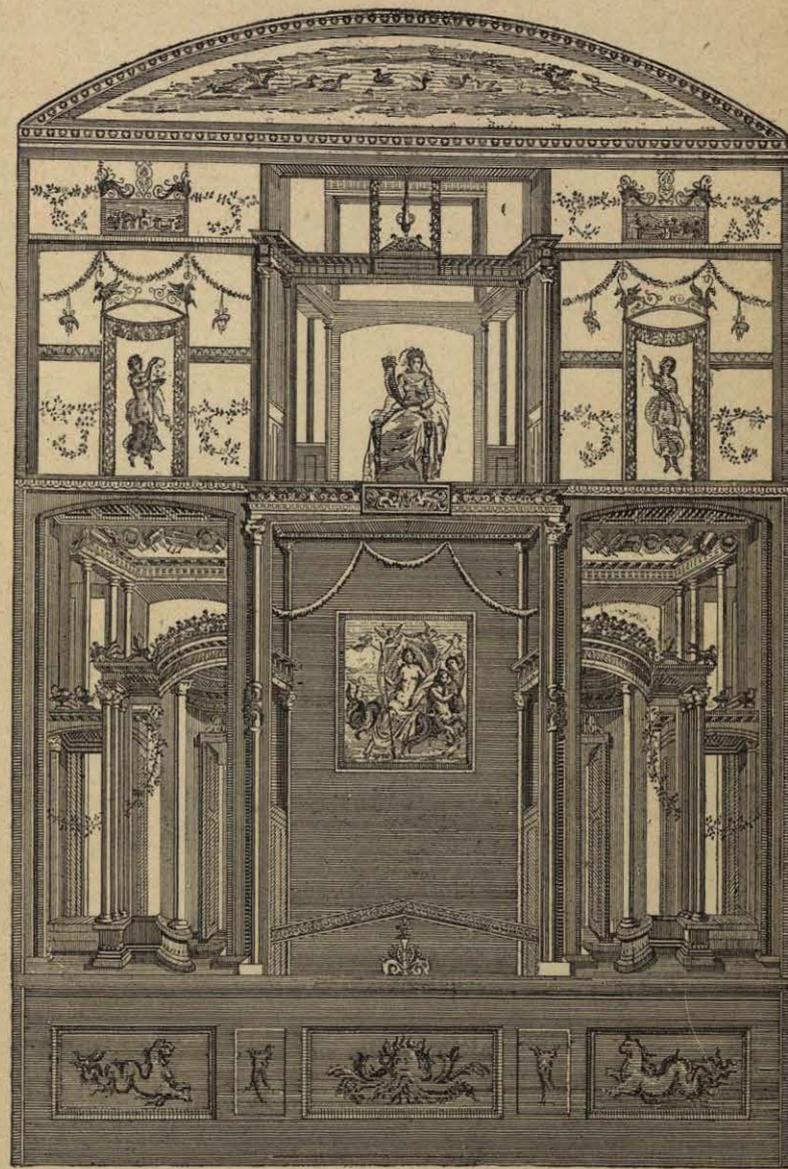
— Hágase tu voluntad — dijo el doctor.

— ¡Pues manos á la obra! — exclamó Vitelio muy callado hasta el momento este.

— Manos á la obra — dijo Xenofonte, como si de grado hiciera lo que hacía por fuerza.

— Citarémonos al festín y acabaré con Claudio.

Sabiendo Agripina que Narciso trataba de volver á la Ciudad Eterna pronto, aceleró lo posible la fiesta de antemano proyectada y apercebida para el cumplimiento de su plan. Seiscientas invitaciones se habían expedido y ni una sola marrado. La grande sala del Palatino, que había Livia ornado con frescos de Lydio y que se adelantaba sobre la colina ofreciendo tres pasmosas vistas de Roma, resplandecía en el caer de la tarde y en las primeras sombras proyectadas por el último crepúsculo como un ascua de oro y como una constelación del cielo. No ramilletes, jardines enteros aromaban el aire con olores naturales al par que caían de las techumbres gotas de suaves esencias destiladas con arte admirable y que disueltas en el aire prestaban á las venas un calor y una voluptuosidad verdaderamente orientales. Suaves músicas, generadas por invisibles orquestas, alternaban en matemáticos intervalos con coros parecidos á los muy armoniosos de las antiguas escenas atenienses. Los pavimentos de mosaicos parecidos á pedrería; las paredes multicolores realzadas con pinturas de mérito; las lámparas de plata nutridas con óleos de nardo y los pebetes de oro pendientes como las lámparas del techo y exhalando nubes de asiáticos perfumes á manera de los quemados en el harén y en el templo; los vasos de bronce por los primeros artistas del mundo cincelados, conteniendo montones de nieves apeninas, puestos allí para contrastar con sus evaporaciones el calor; las trípodes de diversos metales ricos y piedras preciosas destinadas á quemar olientes resinas arrancadas á la Judea y al Egipto; aquellos cojines forrados con las telas más preciosas recién venidas de la India y más semejantes que á puestos para comer y beber á lechos para los placeres y el sueño; las mesas de limonero entalladas preciosamente y embutidas con sumos artificios; los vasos murrinos colocados sobre las mesas y centelleando como rubíes y esmeraldas y topacios y perlas enormes; los cráteres de acero que rebosaban viejos vinos extraídos por multitud de jóvenes con cyathas de oro; tantas



Ornamentación de sala romana, según una pintura de Pompeya

y tantas maravillas, allí sumadas por el gusto de la emperatriz, publicaban así la inteligencia como el poder de ésta y la convertían de consuno en diosa de aquel asiático santuario. Inútil añadir cómo, en tal espectáculo y con semejante concurso, las conversaciones varias se urdirían y los conversadores dirían cuanto les pidiera el gusto, dadas las licencias de hablar que cada cual se tomaba en aquellos desboques de la conversación muchas veces pagados con la vida. El grupo de Séneca, Lucano y Persio nunca se dividía y estaba siempre atento á sus observaciones. El primero, el filósofo, componía en aquella ocasión sus tratados y llevaba la cabeza henchida de pensamientos, que se expresaban en la conversación particular por medio de bien compuestas y bien proporcionadas sentencias; el segundo, el poeta, lo veía todo en cuadros congruentes con la epopeya que tenía en su imaginación, aquella *Farsalia*, sollozo inmenso y luctuosísimo por la República muerta que tantos días de gloria diera en otro tiempo á la Ciudad Eterna; el último lo criticaba todo y á todos criticaba con una grande acerbidad, según á buen satírico cumple. La sátira por completo había roto el concierto entre la naturaleza y el espíritu que constituía como el carácter de la sociedad clásica en los tiempos mejores y más serenos de su vida, verdaderamente armoniosa y tranquila. El disgusto de todo cuanto cada cual descubría en torno suyo convidaba con verdadera invitación apremiante á convertir el gusto á otro mundo mejor, aunque fuese un mundo únicamente ideal. Del seno de tanta descomposición brotaban cuatro protestas con ellas congruentes y tras las que resplandecían cuatro ideales que todo lo esclarecían y todo lo avivaban á la luz y al calor suyos. Tres de las protestas aparecían allí: la protesta política en Lucano, la protesta científica en Séneca, la protesta moral en Persio. Había, como hemos dicho, una cuarta protesta: la protesta religiosa representada por el cristianismo. Esta cuarta, la última en la enumeración que hacemos ahora, la primera en importancia y trascendencia, influirá mucho, cual veremos más tarde y en su oportunidad correspondiente, sobre la conciencia y sobre la voluntad imperiales de Nerón. Más de un representante suyo, más de un cristiano había en aquel festín orgiástico, no por gusto y en ejercicio de su libre albedrío, por la coacción que sobre su persona obraba,